



LA BELLEZA ETERNA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DEBE considerarse como un mero capricho ó como una preocupación inexcusable, el empeño de ser feas con que todavía se distinguen algunas mujeres, y la costumbre inveterada de envejecer que aún domina en todas ellas.

Hasta ahora, preciso es confesarlo, han podido resignarse á los imperiosos mandatos de la naturaleza, sometiéndose á las duras condiciones de esa ley que obliga á ser feas á algunas y envejecer á todas.

Contra lo primero sólo se habían encontrado términos medios, subterfugios, sofismas, cosméticos, digámoslo así, empíricos, cuyo éxito no pasaba del exiguo resultado de poner al alcance de las mujeres una hermosura intermitente ó una juventud de pura perspectiva.

En honor de la verdad, la química aplicada á

33848

la hermosura y á la juventud no se encontraba á la altura que señala el nivel de nuestros adelantos, porque, en vez de cubrir las incorrecciones en que suele incurrir la naturaleza y de ocultar los deterioros con que el tiempo maltrata á las mujeres, sólo servía para descubrir la misma necesidad que no acertaba á vencer.

Semejante á la deuda, producto natural del crédito, en vez de decir «esto hay», decía simplemente: «todo esto falta».

El cosmético más fino, la composición más exquisita y más perfecta podían ser comprados por las mujeres, ya en una, ya en otra perfumería; pero es lo cierto que esas maravillosas combinaciones de sustancias químicas, hábilmente preparadas, se vengaban á su vez, vendiendo en todas partes á las mismas mujeres que las habían comprado.

No hay mujer que no quiera ser hermosa y que no quiera ser joven: esto ha podido sospecharse con más ó menos fundamento, con más ó menos excepciones; pero ha adquirido una autenticidad incontestable, ya en unas mujeres, ya en otras, por el testimonio irrecusable del empeño con que á todo trance buscaban una belleza inverosímil ó una juventud imposible.

Tratando de ocultar delante del espejo los defectos del semblante, no hacían más que descubrir, en presencia de las gentes, los excesos de sus deseos, y al querer asegurar que eran hermosas, sólo conseguían advertir que deseaban serlo; por-

que las más ingeniosas combinaciones de la química no habían pasado en este punto de tentativas desgraciadas.

Mas, sea como quiera, de este modo protestaban por lo menos contra las injusticias de la naturaleza y contra los implacables rigores del tiempo, manifestando hacia sí mismas un desprecio, cuya intensidad sólo podía medirse por el afán que mostraban en ser otras.

Pero es el caso que la dificultad ha llegado á ser vencida; que la naturaleza, resueltamente derrotada, y el tiempo, hábilmente esclavizado, no tienen ya facultad ni poder para conseguir que una mujer sea fea, como ella no quiera serlo, ni pase de los veinte años, á no ser que por puro capricho se obstine en cumplir cincuenta.

Aunque se trata de juventud y de hermosura, permítaseme decir que A. Reynaud ha puesto el dedo en la llaga.

Pero, ante todo: ¿quién es A. Reynaud?

Si se le considera por su aspecto exterior, no pasa de ser un hombre según la naturaleza; si se atiende á su condición civil, puede afirmarse que es un ciudadano; y si se examina el medio que ha elegido para buscarse la vida, puede presumirse que sea un perfumista.

Mas si dejamos la superficie para penetrar en el fondo; si apartamos al hombre, al ciudadano y al perfumista, nos encontramos con un genio.

A. Reynaud es una de esas inteligencias extra-

ordinarias y poderosas, que aparecen de vez en cuando sobre la tierra para iluminar con un solo rayo de luz toda la fisonomía de un siglo.

A. Reynaud es una antorcha.

La primera cualidad que se advierte en el genio de este hombre inesperado, es el profundo conocimiento que ha adquirido del tiempo en que vive, bajo el triple aspecto de la filosofía, de la moral y del arte.

Filosóficamente hablando, ha descubierto y formulado la última, y, por consiguiente, la más sublime *evolución del concreto*.

Moralmente, ha establecido el principio de una igualdad perfecta é inmutable.

Artísticamente, ha condenado á la fealdad á cadena perpetua.

A. Reynaud ha completado la revolución, levantando en la cuarta plana de todos los periódicos, bajo la modesta forma de un anuncio, esta magnífica bandera:

«LA BELLEZA ETERNA.»

Y por si alguno pudiera pensar que la belleza eterna es Dios, añade:

«Arte de conservarse y embellecerse.»

Ó, lo que es lo mismo, de sobrevivirse.

Y como pudiera haber alguien que por razones propias ó ajenas se resistiera á creer en la maravilla del descubrimiento, A. Reynaud advierte, como testimonio poderoso, que «se vende en las principales librerías de Madrid».

No siempre discurre el hombre con la razón, y no deja de ser frecuente en nuestros tiempos que los hombres más sensatos discurren con el bolsillo, atendiendo á que el dinero va siendo la razón suprema de todas las cosas.

Y en este caso probable, no faltará quien, apreciando en todo su valor tan extraordinario descubrimiento, caiga en la cuenta de que la *Belleza eterna* que se le ofrece pueda costarle un ojo de la cara, y es muy fácil que prefiera no ser tuerto en los años que le quedan de vida, á ser eternamente hermoso; pero también sale al paso de esta dificultad, añadiendo que tan estupendo prodigio sólo cuesta dos reales.

De todos modos, ¿qué excusa pueden tener ya las mujeres que se obstinen en ser feas? ¿Qué disculpa encontrarán las que persistan todavía en el empeño de envejecer?

Ello es que el poderoso y frágil atractivo con que esa bella mitad del género humano que se llama mujer, esclaviza á la otra mitad que se llama hombre, ha adquirido un encanto eterno.

La mayor parte de las mujeres que lean estos renglones, al llegar aquí, llenas de impaciente curiosidad, acudirán al espejo, empeñadas en descubrir el secreto de esa belleza infusa é interminable que poseían en germen sin saberlo.

Examinarán atentamente las más seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas,

y se apartarán del espejo, dirigiéndose á sí mismas esta pregunta íntima : «¿Qué será?»

Después de una meditación más ó menos profunda, se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna nueva y extraordinaria maravilla, que hace irresistible para el corazón del hombre el imperio de las mujeres.

No hay duda : aquí hay alguna invención maravillosa, algún adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas y de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

Aquí hay un vestido irresistible, un sombrero encantador ó un aderezo celestial, que ha convertido de repente á la mujer en ángel.

¿Será esto?

Quizá no sea un capricho de la moda ; tal vez sea un prodigioso paso de la ciencia.

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial ; acaso no sea más que el prodigio de un cosmético.

¿Será posible?

Hay un hombre que ha descubierto LA BELLEZA ETERNA, y ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta : se trata de un libro.

La lengua del siglo va de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando á las gentes que M. Rey-

naud vende á dos reales el arte supremo de conservarse y embellecerse.

La naturaleza, avergonzada, debe huir y ocultarse en el último rincón de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura á su capricho, *gratis*, es verdad ; pero apenas lo da cuando lo quita.

Hermosura fugitiva, que deslumbra como la luz del relámpago, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel, que se escapa precisamente cuando más se necesita.

Pero, ¿es posible detener la juventud que huye, los encantos que se disipan, la hermosura que se desvanece?

Sí es posible ; mas ni á la moda, ni á la química, ni al arte de Reynaud deben las mujeres el imperio de tan poderoso atractivo.

No consiste ni en la corrección del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

No consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está sólo en la mujer, porque está en todas, y sólo podemos encontrarlo en una.

¡Encanto singular! Ellas, mismas no saben que lo tienen, y parece como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento la mirada ; detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen á todas: «Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia : yo me muero por ti».

¿Quién no ha oído y quién no ha dicho muchas veces: «Esa mujer me está matando»?

Esa mujer es unas veces una, y otras veces otra, ó, más bien, eso lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

—¿Me quieres?—pregunta ella.

Siempre que hace esta pregunta, es que lo sabe.

El hombre contesta: «No como, no duermo, no pienso, no vivo».

Eso lo preguntan todas, y lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshonran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

¡Las mujeres! He ahí la muerte del hombre.

Pues bien : he aquí el prodigio :

Las mujeres nos matan ; pero hay una mujer que nos alarga la vida.

—¿Dónde está esa mujer?

—En todas partes.

—¿Cómo encontrarla?

—Donde quiera que haya una mujer, esa es.

—¿Será hermosa?

—Ó fea.

—¿Será rica?

—Ó pobre.

—¿Son todas?

—Es una.

—¿Una sola posee ese singular privilegio?

—No, lo poseen todas.

—He aquí una cosa incomprendible.

—He ahí una cosa auténtica.

—Es un juego de palabras.

—Todo lo contrario : es una serie de hechos.

—¿Quién los sabe?

—La experiencia.

—¿Quién los cuenta?

—Todos los contamos.

El amante dice á todas las mujeres : «Por ti me muero».

El marido dice á su mujer : «Por ti vivo».

Dice el amante : «Mi esperanza, mis ilusiones, mi amor».

Y dice el marido : «Mi mujer, mis hijos, mi familia».

El amante dice : «Estoy loco».

El marido dice : «Estoy contento».

«Soy feliz», exclama el amante.

Y exclama el marido : «Soy padre».

«Tú eres mi alma ; tú eres mi vida ; tú eres mi corazón», dice el amante á todas las mujeres.

Y el marido sólo puede decirle á una sola : «Tú eres mi mujer».

He aquí una doble cuestión de moral y de higiene.

Tal es el irresistible atractivo, el encanto permanente que da fuerza al dulce imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Es un secreto con que ellas no cuentan.

Las mujeres matan.

La mujer da la vida.

Todas...., ¡bah!, son mentira.

Una.... esa es la verdad.

Todas.... son la locura ó el vicio.

Una.... es el juicio y la virtud.

Muchas.... son el placer.

Una.... es la felicidad.

Así son las mujeres, y así es la mujer; pero en la continuación veremos cómo es preciso que sean para que se complete la igualdad armoniosa del linaje humano.



LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

En Inglaterra se piensa muy formalmente en dar derechos políticos á las mujeres; en Salford ha habido ya un *meeting* muy serio, en que, bajo la presidencia del alcalde, dignamente acompañado de su esposa, se ha proclamado el principio de que la mujer debe ser hombre; en los Estados Unidos ha visto la luz un periódico redactado por mujeres, con este lema varonil: « Á los hombres, sus derechos y nada más; á las mujeres, sus derechos y nada menos ». Se expiden como la cosa más natural del mundo títulos académicos de bachilleres y doctores á favor de las mujeres; en Londres se ha querido establecer una Universidad exclusivamente para ellas; en Zurich acuden á estudiar medicina las más tiernas jóvenes.

En las costumbres se nota el mismo movimiento: las inclusas ofrecen un número creciente de

niños, que atestiguan la existencia de un número igual de mujeres que no quieren ser madres; en New York ha sido moda la embriaguez pública entre las mujeres más elegantes; manejar un caballo y dirigir un coche entra ya en los elementos de educación de cualquiera señorita medianamente instruída; muchas, cansadas del humo afeminado de la lisonja, prefieren el humo varonil del tabaco, y fuman con toda la gracia que les ha concedido la naturaleza.

Es posible, y aun probable, y aun seguro, que haya en España muchos infelices que, apartados de las corrientes más vivas de la civilización moderna, ignoren á estas fechas lo que pasa en los Estados Unidos, en Salford, en Londres y aun en el mismo Zurich, y, por consiguiente, crean á puño cerrado que las mujeres no pueden dejar de ser mujeres, fundando tan supersticiosa preocupación en el frágil testimonio de sus propias mujeres, de sus propias hijas y de sus propias madres.

Pero, ¿qué fe puede hacer la familia en este caso? Las hijas, las mujeres y las madres son evidentemente testigos interesados, y por lo tanto recusables.

No obstante: para que la mujer caiga en la cuenta de que puede cambiar la condición de su naturaleza, es preciso librarla del yugo de la familia; es preciso que no tenga padre, que no tenga marido, que no tenga hijos; porque los hijos, los maridos y los padres le harán creer siempre, y en toda

ocasión, que es hija, que es esposa ó que es madre; esto es, le harán creer siempre que es mujer.

Y es preciso más, porque las preocupaciones se agarran con profundas raíces, y todo lo aprovechan para que no haya manera de arrancarlas; es preciso sacarlas del artificio, de la trampa en que su propia naturaleza las tiene cogidas; es preciso ante todo que el pudor, saltando de lo profundo del alma á la superficie del rostro, no les diga ni una vez siquiera que son mujeres.

Orilladas estas primeras dificultades, es evidente que la mujer puede llegar á ser hombre, y esta equiparación jurídica sacará al mismo tiempo á los hombres de la obligación legal en que se encuentran de tener que casarse siempre con mujeres, pudiendo elegir para madres de sus hijos, según sus aficiones y sus gustos, licenciados en medicina, doctores en jurisprudencia, delicados reclutas, amables pilotos, dulces sargentos de caballería, y será frecuente el caso de que nos disputemos la blanca mano de algún bello presidente del Consejo de ministros.

La cuestión que por de pronto se origina, ofrece, sin embargo, una notable desigualdad, porque si las mujeres tienden á transformarse en hombres, el día que lo consigan, los hombres se habrán quedado sin mujeres; y como no se trata de que el hombre varíe de condición, resultará que las mujeres tendrán hombres y los hombres no tendrán mujeres.

Nótese bien el desnivel que resulta de la realización de este progreso en la condición de la mujer, y se advertirá que esto no puede ser más que la mitad de la tendencia que se observa en las sociedades modernas, y que el pensamiento se completa convirtiéndose á la vez los hombres en mujeres.

No puede ser otra cosa: la naturaleza, resentida, reclamaría sus derechos, y la especie humana se vería en la alternativa de retroceder ó extinguirse.

Pero meditemos.

Es ciertamente una necesidad imperiosa del movimiento civilizador, por medio del cual se está rehabilitando y perfeccionando el género humano, poner ya término á la triste condición que obliga á las mujeres á ser madres de familia.

No es justo que el hombre pueda serlo todo, desde negro de Guinea hasta príncipe pío, y que la mujer no pueda salir de la triste condición de hija de sus padres, de mujer de su marido ó de madre de sus hijos.

Es verdad que la naturaleza, obedeciendo como una esclava los decretos de la Providencia, ha establecido entre el hombre y la mujer una profunda diferencia; pero esto, que podía pasar muy bien en la infancia de la humanidad, cuando los hombres no estaban bastante instruidos para poder sublevarse contra las leyes de la naturaleza, no es posible desde el momento en que la ciencia humana ha conquistado el derecho de corregir la obra de Dios.

El mundo hasta ahora no ha sido más que un

ensayo de las leyes eternas que lo rigen, y hemos podido observar el excesivo lujo con que procede la naturaleza, y ya es tiempo de empezar á corregir sus enormes despilfarros.

La mujer, económicamente considerada, es un fausto ruinoso, que por espacio de muchos siglos se ha creído el hombre obligado á sostener.

Ella se nos presenta, y nos exige, como cosa que le pertenece, una protección que hasta ahora nosotros no hemos sabido negarle.

¿Y en nombre de qué derecho pretende nuestro amparo?

En nombre de un extraño derecho: en nombre de su debilidad.

¿Hemos de protegerla porque es débil?

¿Desde cuándo los débiles tienen derechos?

¿Acaso porque el hombre es fuerte se le ha condenado á pasar por la tierra como un mozo de cordel, encorvado bajo el peso de ese enorme fardo que se llama familia?

Ellas nos piden nuestra protección, nuestro respeto; y en cambio, ¿qué nos dan?

Nos dan: hijos.

¿Será justo que á título de esposas, que á título de madres, nos impongan la costosa obligación de ampararlas y mantenerlas?

La mujer es un lujo, la familia una carga; ambas cosas demasiado antiguas para que pueda pasar por ellas eso que se llama economía moderna.

La mujer, como esposa y como madre, es cara,

y el recurso es bien sencillo : no hay más que transformarla en hombre.

¿No es una inteligencia?

Pues que estudie.

¿No es una fuerza?

Pues que trabaje.

En una palabra : que se gane la vida en un taller, en una oficina ; que sea médico, ingeniero, abogado, procurador, lo que quiera que sea, con tal que gane dinero.

Saquemos á la mujer de la esclavitud que le impone su sexo, saquémosla de la triste condición de ser madre de familia.

La mujer es mujer. Perfectamente. Pero esa dificultad se resuelve haciéndola hombre.

Bastante tiempo las hemos mantenido á título de madres de nuestros hijos ; bastante tiempo las hemos considerado bajo el frívolo pretexto de que eran las dulces compañeras de nuestra vida.

¡Y en qué engaño hemos vivido!... Parecen tan delicadas...., tan tímidas...., tan débiles, y poseen el secreto de una fuerza inmensa : el amor las hace heroicas, el cariño mártires, la virtud fuertes, la fe invencibles : dominan con una mirada, triunfan con una sonrisa, esclavizan con una lágrima.

Esos seres que parecen tan frívolos, poseen el secreto de una ciencia profunda ; la ternura las hace adivinar todo aquello que pueda ser agradable al que es objeto de su cariño.

Ellas solas entienden y hablan esa lengua sin

gramática y sin diccionario que hablan los niños cuando todavía no hablan.

Ellas disponen de una química infusa, con la cual confeccionan esa miel con que tantas veces dulcifican las amarguras de nuestra vida.

¿Dónde han aprendido esa filosofía práctica con que mantienen en el seno de la familia el orden, fuera del cual no existe nada?

¿En qué escuela han adquirido esa extraña mecánica con que saben dirigir y manejar todos los pormenores de esa máquina íntima que se llama familia?

Si los niños pudieran hablar ; es decir, si nosotros supiéramos entenderlos, ellos nos dirían que en ninguna parte duermen mejor que en el regazo de su madre.

¿En qué, pues, nos detenemos? Saquemos esa poderosa aptitud, esa influencia decisiva, que se llama mujer, de esa cárcel oscura que se llama hogar doméstico ; librémosla de la argolla que continuamente la sujeta á la esclavitud de la familia ; emancipémosla de la ominosa servidumbre del marido ; arranquémosla de los hijos ; quitémosle los frívolos cuidados de la casa ; rompamos las cadenas del decoro, de la honestidad y del recato ; derribemos, en fin, las cuatro paredes de la casa, y plantémosla en medio del arroyo.

¿No dicen que la mujer es un tesoro? Pues bien : explotémoslo.

Saquémosla de esa triste condición, de la cual

se han emancipado en virtud del acto supremo de su voluntad soberana todas las mujeres libres.

El siglo del crédito, de esa maravilla, de ese gran prodigio por medio del que diez son veinte, y veinte son ciento, ¿podrá consentir que los números, por una criminal ignorancia, insistan todavía en sostener que tres y dos son cinco?

Cuando todo crece, se aumenta y se desarrolla con fabulosa actividad, ¿le será lícito al número permanecer en tan vergonzoso estancamiento? ¿No nos será permitido elevar la cantidad *mujer* á la cantidad *hombre*?

El poder de la asociación, que empieza á ser más fuerte que el poder de la sociedad, ¿no ha de tener virtud ninguna para conseguir que tres y dos sean seis?

Francamente: ¿permanecerá la cantidad sujeta, encadenada al poder invencible, á la terquedad insoportable del número estricto de las unidades?

Civilización moderna, que todo lo puedes; progreso rápido, que te pierdes de vista, ¿consentirás que diez sean diez eternamente, y que tres y dos sean eternamente cinco?

Es necesario, indispensable, urgente, que la mujer se convierta en hombre.

Tal es la cuestión.

Hay entendimientos cobardes, que no se atreven á penetrar en el fondo de las cuestiones; que, por ejemplo, no atreviéndose á enviar á sus hijas á las Universidades ni á sus mujeres á la Acade-

mía, solicitan, sin embargo, no sabemos de quién, piden, no sabemos cómo, la *instrucción* de la mujer, invocando nada menos que el sagrado derecho que esas hermosas criaturas tienen á saberlo todo. El pudor no autoriza la ignorancia.

Mas entendimientos tan pusilánimes se detienen aterrados ante la vulgaridad de las más risibles reflexiones.

Ellos dirán: ¿Dónde está el hombre bastante enamorado de la sabiduría y de la ciencia, que se decida á casarse con un estudiante?

¿Dónde está el hombre tan cruelmente enfermo, que se decida al fin á casarse con un médico?

¿Será posible que haya en el mundo un criminal tan desalmado que se determine á tomar por esposa á un escribano?

¿Hay algún cesante tan desprovisto de esperanzas, que no vacile ante la idea de hacer madre de sus hijos al diputado más influyente ó al ministro más poderoso?

Pero así sólo discurren los padres, los hijos, los hermanos, los maridos; y, preciso es decirlo: la civilización que nos empuja no tiene nada que ver ni con los maridos, ni con los hijos, ni con los padres, ni con los hermanos.

¿Sería curioso que la especie humana detuviera su marcha majestuosa ante el ridículo estorbo de la familia!

Si por casualidad la mujer no pudiera aspirar á la posesión de todos los conocimientos humanos

por derecho propio , debería imponérsele por obligación.

Hasta ahora no ha sido más que un gasto ; es preciso , pues , que empiece á ser una ganancia.

Ese bello conjunto , cuyo inventario es : cabellos de oro ó de seda , labios de coral , manos de marfil , dientes de perlas , mejillas de nácar , es una riqueza que nosotros tenemos todavía estancada , y ya es preciso que pensemos seriamente en ponerla en circulación.

Desamorticémosla.



EL MATRIMONIO CIVIL

I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

QUERO antes que en Zurich , en Londres y en New Yorck se hubiese pensado formalmente en dar á la mujer *los derechos del hombre* ; antes de arrancársela á la naturaleza , al hogar doméstico y á la familia , plantándola libremente en medio del arroyo de todas las libertades ; antes , en fin , de que M. Reynaud pensara en hacer de la mujer un objeto eternamente bello , era preciso , para que el trabajo no fuera inútil , fundirla en el crisol de su nuevo ser : preparación indispensable para que desde el mismo umbral de su casa pueda lanzarse sin escrúpulo á los risueños espacios de la sociedad que ha de recibirla.

Porque , justo es reconocerlo : una mujer sometida á la autoridad de sus padres , ó sumisa al cariño paternal de su marido , ó sujeta á la sagra-